

EDITORIAL



Hna. Liliana Franco, ODN
Presidenta de la CLAR

Hemos terminado la XLVIII Junta Directiva de la CLAR, espacio de encuentro vital en el que han resonado los clamores del Continente. Nuestro servicio es en contexto y en nuestra tierra, que no para de sangrar y evidenciarnos que estamos urgidos de buenas noticias y necesitados de compromiso.

Los religiosos/as que hacemos nuestra travesía apostólica en esta porción de Reino vemos como se debilitan nuestras democracias a la sombra de distintas formas de corrupción y autoritarismo, evidenciamos que la pobreza se acrecienta, que las brechas económicas disminuyen posibilidades reales de educación, trabajo, bienestar para muchos de los hermanos/as con los que hacemos camino.

Constatamos que la violencia se atrinchera en las esquinas de nuestros campos y ciudades y que la

sombra del narcotráfico cubre toda nuestra geografía. Escuchamos y padecemos en carne propia, el ensordecedor estruendo de la violencia y acompañamos solidarios, las caravanas de migrantes que peregrinan sin tregua por todos los caminos del continente.

Nuestro SI, se renueva cada día en medio de realidades complejas y por eso, se hace necesario que nos aferremos a la esperanza. Lo nuestro, lo que nos corresponde asumir, son los itinerarios pascuales y eso nos exige aferrarnos a la vida como una opción irrevocable, la única que creemos posible, justo en tiempos de minoridad. Y no se trata de un falso triunfalismo y mucho menos de un exceso de ingenuidad, es la experiencia de que la muerte no es lo definitivo y que las trincheras en las que se acorralan los escépticos, los pesimistas y los pregoneros de lamentaciones, no hacen parte de la ruta que deseamos transitar. Lo nuestro, lo propio de la Vida Religiosa, es el estallido de la Resurrección y no por una sobredosis de optimismo, sino porque nos habita la fuerza de la vida, la certeza de la Pascua.

Y esta es una certeza heredada. Durante años, hizo la andadura, muy cerca de nosotros, en lo profundo de nuestras vivencias y convicciones, el P. Víctor Codina, de él aprendimos que el Espíritu actúa desde abajo y que su acción entre los pobres renueva y acrecienta nuestra esperanza. Cómo no pensar en él, justo en esta edición la

revista de la CLAR, cuando queremos acoger desde distintas ópticas, lo que ha supuesto y significado el proceso sinodal en América Latina y el Caribe.

Juntos reconocemos que el Espíritu va conduciendo a la Iglesia por caminos insospechados. El Magisterio del papa Francisco ha llegado como una bocanada de aire fresco, un dinamismo movilizador de las opciones que, a la luz de los criterios del Evangelio, hizo el Concilio Vaticano II. Se intuye el accionar del Espíritu en una Iglesia que, en medio de la crisis, despierta de un letargo de décadas.

El gran protagonista en el proceso de configuración con Jesús es el Espíritu Santo, Él es quien regala los carismas, actualiza y genera lo comunitario, vertebrando la identidad en función de la ofrenda. Él comunica el deseo y hace que se desplieguen los horizontes apostólicos que hacen posible asumir la vida con sentido y en disponibilidad para el servicio. Él concede los carismas y nos dispone al encuentro, el intercambio y la comunión en la que nos enriquecemos.

Es el Espíritu, quien, a lo largo de los siglos, renueva la Vida Religiosa, para que responda con novedad y pertinencia a los desafíos del momento histórico. En Él y por Él, adquirimos la osadía que necesitamos para transitar con renovado entusiasmo y coraje apostólico los recodos de la historia. El Espí-

ritu es el dador de toda vocación y la consagración es un sí confiado a un amor que trasciende, a un don que se recibe como gracia y que conduce a empeñar la existencia en la generosa disponibilidad para servir, en la inclinación existencial a lo común.

Un matiz específico de nuestra consagración es la vivencia comunitaria. En el carisma, que a cada uno se nos ha concedido, hay una tendencia a lo que se construye con otros, en complementariedad y corresponsabilidad y eso exige apertura a la diversidad, capacidad de aunar ritmos, de combinar lenguas, culturas, sensibilidades y visiones. Supone una nueva mirada contemplativa que posibilite descubrir el bien, la verdad y la belleza que habitan en cada ser humano. Se trata de un itinerario que requiere salir de nosotros mismos y aventurarnos por el territorio sagrado de la otredad. Estas convicciones nos han permitido situarnos constructivamente en este proceso sinodal al que nos ha convocado el papa Francisco y que hemos asumido con la consciencia de que en él late una posibilidad germinal de reforma, de vida nueva.

Todos los creyentes estamos convocados a vivir la plenitud de la vocación que cada uno ha recibido en la Iglesia. Cada persona, desde la plenitud de su identidad, es invitada a dar al mundo y a la Iglesia, algo inédito, pues las diversas vocaciones son únicas y complemen-

tarias. Y todos desde la verdad de la propia vocación, estamos convocados a la única vocación eclesial que emana del Evangelio: sígueme¹. Se trata de un imperativo que desinstala, que pone en camino y abre horizontes insospechados. Es el descampado del Reino, que exige libertad y asumir la existencia desprovistos de seguridades y comodidades.

Es verdad que en lo profundo de este proceso sinodal al que se nos ha convocado, nos encontramos con resistencias; incluso en muchas de nuestras diócesis no resuenan los ecos sinodales, que constatamos instaladas en algunas estructuras eclesiales, formas clericales, verticales, desprovistas de misericordia y blindadas a la inclusión. Pero, esa constatación no puede menguar nuestro empeño

por el “nosotros eclesial”, nos corresponde con la insistencia de los pobres de Yahvé y revestidos de esperanza, seguir empeñados en la comunión. Que la escucha vertebre nuestro modo de situarnos, la conversación espiritual nos ayude a reconocer el querer de Dios y el discernimiento nos sitúe con los pies anclados en la realidad y en atención al Espíritu.

En cada una de las páginas de esta revista, se nos invita a ir al fondo de este proceso sinodal, al que estamos convidados. Gracias a todas/os los que han hecho posible este proceso de construcción colectiva, que su reflexión y la profundidad de sus aportes nos permita seguir tejiendo vínculos fraternos y sororales de comunión y corresponsabilidad.

¹ Sígueme: Mt. 8, 22; Mt. 9,9; Mt. 19,21; Mc. 2,14; Mc. 10,21; Lc. 5,27; Lc. 9, 59; Lc. 18,22; Jn.1,43; Jn. 21,19; Jn. 21,22.